

—Quizás no es prudente dejarla en libertad con las criadas.

—¡Oh! no tenga V: cuidado, respondió Mad. Campardon con su habitual languidez. Victoria ha visto nacer á mi marido, y yo estoy segura de Lisa. Además, al fin y al cabo se trata de una niña, le gusta jugar y si estuviera siempre á mi lado me pondría la cabeza hecha una olla de grillos.

El arquitecto chupaba tranquilamente la colilla de un cigarro.

—Yo soy, dijo, quien tiene empeño en que Angela pase una ó dos horas en la cocina después del almuerzo. Quiero que se acostumbre á ser lo que se llama una mujer de su casa. Por lo demás, no sale nunca, siempre está á nuestra vista. ¡Ya verá usted que joyita sacamos!

Octavio no insistió: de vez en cuando le parecía Campardon tonto de capirote, y como le aconsejase que fuera á San Roque á oír á un notable predicador se negó, resolviendo no salir de casa. Después de anunciar á Mad. Campardon que no iría á comer subió á su cuarto, pero notando que llevaba en el bolsillo la llave de la guardilla, prefirió bajar á dársela al portero.

Un espectáculo imprevisto llamó su atención. La puerta del cuarto alquilado al caba-

llero cuyo nombre no se pronunciaba nunca estaba abierta, y esto era un acontecimiento porque permanecía siempre cerrada, como si fuera la losa de una tumba. Su sorpresa aumentó al descubrir en vez de la mesa de despacho el ángulo de una cama del tamaño de las de matrimonio, y al ver salir á una señora delgada, vestida de negro y cubierto el rostro por un espeso velo. Detrás de ella se cerró la puerta sin ruido.

Lleno de curiosidad bajó como quien dice pisando los talones de la dama, deseoso de averiguar si era bonita. Pero la bella bajaba á escape, casi sin tocar la moqueta con sus lindas botitas y sin dejar más huella que el perfume de verbena que despedían sus ropas. Al llegar al vestíbulo desapareció, y sólo apereibió á M. Gourd que de pié en la puerta la saludó quitándose el gorro.

Al entregarle la llave procuró hacerle hablar.

—¡Tiene un aire muy distinguido! dijo. ¿Quién es?

—¡Oh! es toda una señora, respondió M. Gourd.

Y no dijo más, pero respecto del inquilino del tercero fué más expansivo. Era un hombre de la mejor sociedad, que había al-

quilado el cuarto para trabajar en él, una noche por semana.

—¿Y en qué trabaja? interrumpió Octavio.

—Ha tenido á bien confiarme el aseo de su casa, contestó M. Gourd desentendiéndose de la pregunta, y francamente paga muy bien este servicio. Cuando uno entra y sale en una casa como yo en la suya, no se tarda en saber quiénes son los que la habitan. Y lo que es ese señor es honrado á carta cabal: se conoce á la legua en la ropa blanca que usa.

En aquel momento, tanto él como Octavio tuvieron que guarecerse en la portería para dejar paso al coche de los inquilinos del segundo que salían á paseo. Los caballos piafaban contenidos por el cochero, y cuando el landó atravesó el vestibulo, apercibió Octavio á través de los cristales dos hermosos niños cuyas risueñas cabezas ocultaban los vagos perfiles del padre y de la madre. M. Gourd se cuadró, mostrándose muy fino pero con cierta frialdad.

—He ahí unas gentes que no hacen ruido en la casa, dijo Octavio.

—Nadie hace ruido aquí, dijo el portero con sequedad. Cada cual vive como Dios manda. Hay personas que saben vivir y otras que no saben.

Los vecinos del segundo eran juzgados con severidad, porque no visitaban á nadie. Parecían ricos sin embargo: el marido escribía libros, y el portero no las tenía todas consigo respecto de él, tanto más, cuanto que se ignoraba lo que aquella familia podía fabricar en el interior de su casa, con sus aires de no necesitar de nadie y de ser completamente felices. Esto no parecía natural.

Octavio vió llegar á Valeria y cediéndole el paso la saludó.

—¿Sigue V. bien, señora?

—Perfectamente, gracias.

Estaba fatigada y al subir la escalera miraba el joven las botinas de la vecina llenas de lodo, sin poder dejar de pensar en el almuerzo con la amiga de que habían hablado las criadas. Sin duda había vuelto á pié por no haber hallado un coche de alquiler. Un olor insípido y caliente exhalaban sus húmedas faldas. El cansancio, el abatimiento, la obligaban de cuando en cuando á apoyarse en el pasamanos.

—¡Qué día tan malo! ¿no es verdad, señora?

—Horrible, caballero... ¡y luego un calor!

Llegó al piso principal y se saludaron; pero Octavio vió su rostro demacrado, sus párpados soñolientos, y bajo el sombrero los

cabellos despeinados y recogidos á prisa. Subiendo la escalera reflexionó muy amoscado que no se comprendía que no quisiera entenderse con él, toda vez que sus prendas personales no le hacían inferior á ningún otro.

Al llegar al piso tercero, recordó la promesa que había hecho á Mad. Juzeur de visitarla. Inspirábale curiosidad aquella diminuta mujer, y llamó. Ella misma abrió la puerta.

— ¡Oh! qué amable es V., le dijo al verle. Entre V., entre V.

Las habitaciones tenían ese olor especial de los cuartos que están siempre cerrados. Alfombras y portiers, muebles de humilde aspecto, el aspecto de un cofrecito forrado de satén tornasolado. En la sala donde á la que dobles cortinas daban todo el recogimiento de una sacristía, tuvo que sentarse Octavio en un canapé ancho y muy bajo.

— He aquí el encaje que deseo someter á su apreciación, dijo Mad. Juzeur reapareciendo con una caja de sándalo llena de trapos. Quiero hacer con él un regalo y celebraría saber su verdadero valor.

Era un trozo de antiguo punto de Inglaterra muy bueno. Octavio lo examinó como perito qué era, y estimó su precio en tres-

cientos francos. Después, sin aguardar más, como sus manos se juntaban al pasarse el encaje, se inclinó y besó sus finos dedos.

— ¡Oh! M. Octavio... ¿á mi edad? ¿está usted en su juicio? murmuró Mad. Juzeur sonriéndose y sin enfadarse.

¡Tenía treinta y dos años y se llamaba vieja! En seguida aludió á sus desgracias. Si por cierto, el cruel, al cabo de diez años de matrimonio se fué, y desde entonces ni había vuelto, ni nadie había tenido noticia de su persona.

— Ya V. comprende, añadió fijando los ojos en el techo, después de un golpe semejante, todo concluye para una mujer.

Octavio conservaba en sus manos la de Mad. Juzeur, y seguía besándola en la yema de los dedos. Ella volvió los ojos hacia el joven, le miró con ternura y añadió maternalmente:

— ¡No sea V. niño!

Animado con esta conducta, quiso cogerla por el talle y echarla en el canapé; pero ella se escapó de sus brazos sin violencia y como si sólo se tratase de un juego.

— No, déjeme V., añadió, no me toque usted, si quiere que seamos buenos amigos.

— ¿Es decir que no quiere? preguntó él en voz baja.

—¿Qué es lo que he de querer? ¿Qué quiere V. decir? añadió ella... ¡Oh! la mano bien, téngala V. hasta que se canse.

El joven había vuelto á cogerla la mano, y abriéndose la besaba en la palma, mientras que ella con los ojos entornados y siguiendo la broma abría los dedos para dejarse acariciar como el gato que extiende las patas para que le soben. Pero no le permitió pasar del puño. El primer día había allí una línea sagrada en la que comenzaba el mal.

—El señor cura sube, dijo Luisa entrando de pronto.

La huérfana tenía todo el aspecto enfermizo de las hospicianas. Al ver al caballero que parecía estar comiendo algo en la mano de su ama, no pudo contener una risa idiota, pero á una seña de Mad. Juzeur se fué.

—Mucho me temo no poder desasnarla, dijo; pero de todos modos es preciso guiar por el buen camino á esas pobres almas... El señor cura llega, pase V. por aquí.

Y le llevó al comedor para dejar la sala al cura Manduit, que entró precedido de Luisa, encareciéndole que volviese á visitarla. Esto la proporcionaría un poco de sociedad... ¡La pobre estaba siempre sola y tan triste!... Por fortuna, la religión la consolaba.

Por la tarde á las seis, Octavio experimentó un verdadero reposo al instalarse en casa de los Pichon mientras llegaba la hora de comer. ¡La casa le asustaba un poco! después de haber experimentado un respeto de provinciano al hallarse por primera vez en la escalera principal, sentía un desprecio exagerado hacia lo que creía adivinar que pasaba detrás de las suntuosas puertas de caoba.

En verdad, no sabía á qué atenerse: aquellas mujeres cuya virtud le dejó frío al pronto, debían ceder en su concepto á la menor señal, y cuando alguna se resistía, sentía á la vez sorpresa y rencor.

María se ruborizó de alegría al verle poner sobre el aparador el paquetito de libros que había buscado en la guardilla para ella, y exclamaba:

—Es V. muy amable M. Octavio. ¡Gracias, muchas gracias! Además, le agradezco que haya V. venido tan temprano. ¿Quiere usted un vaso de agua con azúcar y algunas gotas de cognac? Eso abre el apetito.

El joven aceptó por darla gusto, y todo en torno suyo le pareció agradable, hasta Pichon y los Vuillaume que hablaban en torno de la mesa, remachando lentamente su conversación de todos los domingos. María

iba de cuando en cuando á la cocina, donde estaba acabando de asarse una pierna de carnero, y Octavio se atrevió á seguirla bromeando, la cogió por detrás delante del fogón y la besó en el cuello. Ella sin estremecerse ni chistar se volvió, y le besó á su vez en la boca con sus labios siempre helados. Esta frescura pareció deliciosa al joven.

—Y bien, ¿qué tal el nuevo ministro? preguntó á Pichon al volver al comedor.

El empleado se sobresaltó. ¡Cómo era aquello! ¿Iba á haber un nuevo ministro de Instrucción pública? No sabía nada, en su oficina jamás hablaban de esas cosas.

—El tiempo es tan malo, continuó sin transición, que no hay medio de evitar que se llenen de lodo los pantalones.

Mad. Vuillaume hablaba de una joven que se había perdido en Batignolles.

—No lo querrá V. creer, caballero, dijo. Era una niña muy bien educada, pero se aburría tanto en casa de sus padres, que ya dos veces quiso arrojarle á la calle por el balcón. Esto es capaz de confundir á cualquiera.

—Se clavan las puertas ó se ponen rejas en los balcones, dijo sencillamente M. Vuillaume.

La comida fué muy animada. Durante

ella no cesó la conversación en torno de la mesa que alumbraba una pequeña lámpara. Pichon y M. Vuillaume charla que te charla del personal del ministerio, no salían de jefes y subjefes. El suegro se empeñaba en que los de su tiempo eran los mejores, y el yerno por su parte pretendía que los mejores eran los de entonces, pronunciando con este motivo una porción de nombres que barajaba sin compasión. Los dos sin embargo, lo mismo que Mad. Vuillaume, estuvieron de acuerdo en un punto: el gordo Chavignat, aquel cuya mujer era tan fea, había tenido demasiados hijos. En su situación, esto era una verdadera locura. Octavio sonreía, la satisfacción respiraba por todos sus poros, hacia mucho tiempo que no había pasado una noche tan agradable: con decir que acabó por censurar con convicción á Chavignat, está dicho todo. María le calmaba con sus miradas de inocente, sin sentir la menor emoción al verle sentado cerca de su marido, sirviéndolos á los dos con arreglo á sus gustos, y revelando su cansancio de obediencia pasiva.

A las diez en punto se levantaron los Vuillaume, y Pichon se puso el sombrero para acompañarlos hasta el ómnibus. Era esta una costumbre de deferencia que ad-

quirió al día siguiente de su boda, y sus padres políticos se habrían resentido si hubiera dejado de hacer lo mismo alguna vez sin causa fundada. Los tres se dirigían á la calle Richelieu, y subían por ella despacito mirando los ómnibus de Batignolles que siempre iban llenos, de modo que raro era el día que no se veía Pichon obligado á acompañarlos hasta Montmartre, porque no se atrevía á abandonarlos hasta dejarlos bien colocaditos en el coche. Como los viejos iban muy despacio, lo menos necesitaba dos horas para ir y volver.

Al marcharse se estrecharon todas las manos muy amistosamente. Octavio dijo á María con la mayor tranquilidad al volver al comedor:

—Llueve, y Julio no vendrá hasta las doce lo menos.

La niña se había acostado temprano, los dos estaban solos, y el joven sentó á María sobre sus rodillas, bebiendo los dos en la misma taza un poco de café que había quedado. Octavio parecía un marido feliz al verse á solas con su mujercita después de irse los convidados, pudiendo acariciarla á sus anchas y á puertas cerradas. La atmósfera del cuarto bastante tibia, estaba impregnada del olor de vainilla que había dejado un

plato de huevos á la nieve que habían comido. Octavio besaba en el cuello á la joven, cuando de pronto oyeron llamar á la puerta. María no se inmutó. Era el hijo idiota de los Jossierand. Cuando podía escaparse de su casa corría á visitarla atraído por su dulzura, y allí pasaba un rato cambiando de cuando en cuando frases inconexas.

Octavio muy disgustado guardó silencio.

—Tienen gente, balbuceó Saturnino. No han querido que me sienta á la mesa, pero eso me tiene sin cuidado... Me encerraron, pero he roto la cerradura y me he escapado.

—Estarán intranquilos... debía V. volver á casa, dijo María al notar la impaciencia de Octavio.

Pero el loco que se encontraba satisfecho, se reía: Después, con trabajosa palabra, contó lo que pasaba en su casa. Parecía gozar desahogándose en sus visitas á Mad. Pichon.

—Papá ha trabajado toda la noche... Mamá ha pegado á Berta. ¿Diga V. cuando una se casa la hacen daño?

Aunque María no le respondía continuó, animándose más y más:

—Yo no quiero ir al campo... no. Como la toquen al pelo de la ropa, los estrangulo. De noche mientras duermen, es fácil. Ella tiene la palma de la mano suave como el

papel de cartas... La otra en cambio es una puerca.

Continuó pronunciando estas y otras frases por el estilo, embrollándose y sin poder explicar lo que quería decir. Al fin y al cabo logró María que volviese á su casa sin que se hubiera apercibido de la presencia de Octavio.

Entonces, éste, temeroso de que los sorprendieran otra vez, quiso llevarse á la joven á su cuarto, pero se negó poniéndose muy colorada. No comprendiendo este pudor, la dijo que desde allí podrían oír á Julio cuando subiera, y que tendría tiempo de volver á su casa, y cogiéndola para realizar su proyecto notó que se enfadaba mostrando la indignación de una mujer violentada.

—No, en su cuarto de V. nunca, ¡nunca!... Eso sería muy feo... quedémonos aquí.

Y corrió á refugiarse en una de las habitaciones interiores.

Octavio que estaba en el tramo de la escalera, sorprendido de aquella inusitada resistencia, oyó de pronto un griterío que partía del patio. Todo conspiraba contra él, y lo mejor que podía hacer era ir á acostarse. Pero aquel escándalo á semejante hora le chocó, y se decidió á abrir una ventana para

oír y enterarse de lo que pasaba. Abajo gritaba M. Gourd:

—Le digo á V. que no pasará. El casero está advertido y bajará en persona á echarle á V. á la calle.

—¿A mí á la calle? respondía una voz ronca y aguardentosa. ¿Acaso no pago el alquiler con puntualidad? Pasa Amelia, y si ese hombre te toca al pelo de la ropa, ya verá como yo las gasto.

Era el obrero de arriba, que volvía de la calle con la mujer que había salido de su cuarto por la mañana. Octavio se asomó, pero no veía en medio de la oscuridad del patio más que sombras flotantes á favor de la escasa luz que despedía el mechero de gas del vestíbulo.

—¡M. Vabre! M. Vabre, gritó el portero después de sufrir un empujón del vecino. Baje V. pronto, que va á entrar.

A pesar del mal estado de sus piernas, Mad. Gourd subió en busca del casero que estaba á la sazón trabajando en su famosa estadística. Bajó y Octavio le oyó decir poseído de la más viva indignación:

—¡Esto es un escándalo! ¡Esto horroriza! ¡Jamás permitiré que esto pase en mi casa!

Y dirigiéndose al obrero á quien su presencia pareció intimidar al pronto:

—Despida V. en el acto á esa mujer, añadió. ¿Lo oye V.? No consentimos mujeres en la casa.

—Pero si es mi consorte, contestó el obrero. Está sirviendo y viene á verme una vez al mes, cuando sus amos la dan licencia. ¡Pues no faltaba más! Ni V. ni nadie puede impedirme que me acueste con mi mujer... ¡Sería chistoso!

El portero y el amo de la casa no sabían qué contestar ante esa afirmación tan categórica.

—De todos modos le despido á V. balbuceó M. Vabre. Y mientras tanto, le prohíbo que convierta mi casa en un lupanar... Gourd, arroje V. á esa desdichada á la calle... Si señor, ha de saber V. que no me mamo el dedo y que á mi nadie me hace comulgar con ruedas de molino. Cuando uno está casado como Dios manda, lo dice sin rodeos... Cállese V... y no me falte al respeto más de lo que lo ha hecho.

El carpintero era un buen hombre, había bebido más de lo regular, y tomándolo á risa:

—Pues señor, exclamó, tiene que ver lo que me pasa... En fin... ya que el señor casero se empeña, le daremos gusto... vuelve á casa de tus amos, Amelia. Quiere decir

que otra vez será... Nos proponíamos multiplicarnos... ¿hay nada más natural? pero el señor casero se opone... ¡ja! ¡ja! Por lo demás, me alegro de que me despida V.; así como así no hay quien pueda vivir en esta barraca. Pasan cosas en ella, que ya, ya... ¡bonito estercolero! Dice que no tolera mujeres y en cada piso hay cada lío... eso sí, visten bien y tienen excelentes maneras, pero detrás de cada puerta... ¡ni los perros! ¡valiente puñado de mujercillas! ¡El diablo que pueda vivir entre tanta inmundicia!

Amelia se había marchado para no causar más disgustos á su hombre, y éste, con risita burlona, continuó echando pestes contra la vecindad. Durante este tiempo el portero protegía la retirada de M. Vabre, permitiéndose hacer en alta voz algunas reflexiones. ¡Qué asqueroso era el pueblo! ¡Un solo obrero bastaba para turbar el orden de una casa!

Octavio cerró la ventana, y al volver á la habitación de María tropezó con un hombre que atravesaba rápidamente el corredor.

—¡Cómo! ¿Usted? dijo reconociendo á Troublot.

Éste quedó un segundo como petrificado; pero después, queriendo explicar su situación:

—Sí, yo soy; dijo. He comido en casa de los Jossierand y voy á...

Octavio se indignó.

—¿Es posible! exclamó... ¿Va V. á esperar á la puerca de Adela? V. juró que no.

Troublot recuperó su cinismo ordinario, y regodeándose:

—Le aseguro á V., dijo, que es una chica hasta allí. ¡Tiene un cutis, un... no puede usted figurarse!

En seguida se puso á hablar mal del obrero quien por poco no le sorprende en la escalera de servicio; y censuró sus asquerosas historias con la mujer aquella. Esto le había obligado á volverse por la escalera principal. Al escaparse, añadió:

—Recuerde V. que el jueves próximo voy á llevarle á casa de la querida de Duveyrier. Comeremos con ella.

La casa volvió á sumirse en el recogimiento ordinario, en el silencio religioso que parecía salir de las castas alcobas. Octavio se reunió de nuevo con María, cerca del lecho conyugal, cuyas almohadas ahuecaba. En el cuarto de Adela, la única silla estaba ocupada con una palangana y unas zapatillas viejas. Troublot tuvo que sentarse en la estrecha cama de la fregona. Cuando sintió los pasos de Julia, que iba á acostarse

contuvo el aliento, poseído por el temor que siempre tenía de que se descubriesen sus trapisondas y armasen camorra sus víctimas. Al fin se presentó Adela. Estaba enfadada, y cogiéndole con violencia de un brazo:

—Mira tú, dijo, bien podías divertirte con un mono y no pisarme cuando estoy sirviendo la mesa.

—¿Qué es lo que dices? ¡No te entiendo!

—Por eso te lo digo, borrico. Pareces un papanatas, paso á tu lado y ni me miras, ni me tocas con el pié, ni siquiera me das las gracias cuando te doy una cuchara... Y lo que es esta noche al servir la ternera te miré, y parecía como que te avergonzabas de mí... ¡Vaya un señorito! Pues has de saber que ya estoy hasta el moño. Todos en esta casa la pegan conmigo, y si tú haces lo que otros... no respondo de mí.

Se desnudó con rabia, y después, tirándose sobre la sucia y misera cama, le volvió la espalda. Troublot se vió obligado á humillarse.

Entretanto, en el cuarto próximo, el obrero, todavía con la mona á cuestras, hablaba solo y con voz tan alta, que todos los vecinos del piso pudieron oírle decir:

—¡Tiene gracia, que le impidan á uno

dormir con su mujer...! ¡Con que no quieres mujeres en tu casa, viejo chocho! ¡Anda, anda, mete las narices entre las sábanas de todas las camas de los cuartos y verás lo que es bueno!

VII.

Quince días hacía que, para conseguir que el tío Bachelard se decidiese á dotar á Berta, le invitaban á comer, á pesar de su aspecto asqueroso.

Cuando le anunciaron la boda, se contentó con dar un ligero golpecito á su sobrina en la mejilla, diciéndole:

—¡Con que te casas, eh! Lo celebro infinito.

Y permanecía sordo á todas las indirectas, exagerando su aire de viejo verde y haciéndose el borracho, cuando se hablaba de dinero en su presencia.

Mad. Jossierand tuvo la idea de reunir una noche en su mesa á su hermano y á Augusto, el futuro. Quizás la vista del joven le decidiría. El recurso era heroico, porque la familia no gustaba de presentar al tío, teme-